

@culturayfe.es



CONTIGO HABLO, NIÑA,
¡Levántate!

SAN MARCOS 5,41

DEL EVANGELIO DE MARCOS (5, 21-43):

En aquel tiempo Jesús atravesó de nuevo a la otra orilla, se le reunió mucha gente a su alrededor, y se quedó junto al lago.

Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y al verlo se echó a sus pies, rogándole con insistencia: **«Mi niña está en las últimas; ven, pon las manos sobre ella, para que se cure y viva.»**

Jesús se fue con él, acompañado de mucha gente que lo apretujaba.

Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. Muchos médicos la habían sometido a toda clase de tratamientos y se había gastado en eso toda, su fortuna; pero en vez de mejorar, se había puesto peor.

Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, **le tocó el manto**, pensando que con sólo tocarle el vestido, curaría. Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y notó que su cuerpo estaba curado.

Jesús, notando que, había salido fuerza de él, se volvió en seguida, en medio de la gente, preguntando: **«¿Quién me ha tocado el manto?»**

Los discípulos le contestaron: **«Ves como te apretuja la gente y preguntas: «¿quién me ha tocado?»**

Él seguía mirando alrededor, para ver quién había sido. La mujer se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que había pasado, se le echó a los pies y le confesó todo. Él le dijo: **«Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud.»**

Todavía estaba hablando, cuando llegaron de casa del jefe de la sinagoga para decirle: **«Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al maestro?»** Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga: **«No temas; basta que tengas fe.»** No permitió que lo acompañara nadie, más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago.

Llegaron a casa del jefe de la sinagoga y encontró el alboroto de los que lloraban y se lamentaban a gritos. Entró y les dijo: **«¿Qué estrépito y qué lloros son éstos? La niña no está muerta, está dormida.»**

Se reían de él. Pero él los echó fuera a todos, y con el padre y la madre de la niña y sus acompañantes entró donde estaba la niña, la cogió de la mano y le dijo: **«Talitha qumi (que significa: contigo hablo, niña, levántate).»**

La niña se puso en pie inmediatamente y echó a andar –tenía doce años–.

Y se quedaron viendo visiones. Les insistió en que nadie se enterase; y les dijo que dieran de comer a la niña.

COMENTARIO

El evangelio de hoy nos transmite un mensaje de inclusión y misericordia. El Papa Francisco no se cansa de repetir que en la Iglesia caben todos. Esta especie de eslogan que se popularizó tras la JMJ de Lisboa aparece muy bien explicado en la *Evangelii Gaudium*, primera exhortación apostólica de Francisco:

La Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre. [...] Todos pueden participar de alguna manera en la vida eclesial, [...] La Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida auestas. Si la Iglesia entera asume este dinamismo misionero, debe llegar a todos, sin excepciones. Pero ¿a quiénes debería privilegiar? Cuando uno lee el Evangelio, se encuentra con una orientación contundente: no tanto a los amigos y vecinos ricos sino sobre todo a los pobres y enfermos, a esos que suelen ser despreciados y olvidados. (nº 47-48).

Esta actitud de la Iglesia emana del mismo Jesús en el evangelio de este domingo, a través de la historia de dos mujeres muy distintas entre sí. A través de ellas aprendemos cómo es el amor de Dios.

La hija de Jairo es hija de uno de los jefes de la sinagoga, un hombre de renombre e influencia en la sociedad. La hemorroísa, en cambio, es una mujer anónima, una excluída de la sociedad, una mujer que vuelve impuro todo lo que toca. Ambas realidades tan distintas entre sí comparten algo fundamental: ambas son llamadas "hija". La primera por ser hija de Jairo, la segunda porque Jesús la llama hija. Es la única vez en el evangelio en que Jesús llama hija a una mujer. Esta designación de "hija" es una expresión poderosas de cómo Dios nos ve a todos: con amor, ternura y dignidad, sin importar nuestra condición social.

La fe es el hilo conductor de las dos sanaciones. La hemorroísa es sanada por su propia fe, esa fe que la llevó a tocar el manto de Jesús con la esperanza de ser curada. La hija de Jairo es sanada por la fe de su padre, quien, desesperado, se arrodilló ante Jesús y le pidió ayuda. Ambas historias nos enseñan que la fe, personal y comunitaria, tiene un gran poder transformador.

Para Jesús es indiferente ser hombre o mujer, rico o pobre, principal en la sociedad o descartado, estar sano o enfermo. Lo importante es ser capaces de acercarnos a él, arrodillarnos y tener fe en él, es ser capaces de ponernos en clave de seguimiento.

Estas historias nos sirven para hacernos ver cuál es el modelo de seguimiento de Jesús. En nuestra vida diaria, a menudo nos encontramos con personas en diversas situaciones, algunas de ellas muy necesitadas de nuestra atención y cuidado.

Siguiendo el ejemplo de Jesús, estamos llamados a abrir nuestras puertas y corazones a todos, especialmente a los pobres, los enfermos, los marginados, aquellos que la sociedad tiende a olvidar o despreciar. Nuestra comunidad debe ser reflejo de esa casa abierta del Padre donde todos encuentran su lugar, donde cada uno es recibido con amor y dignidad.

Para Jesús lo importante es nuestra capacidad de acercarnos a Él con fe y humildad. No importa quiénes somos, de dónde venimos, o cuál es nuestra situación. Lo que importa es nuestra disposición a seguirlo y aprender de él a acercarnos a los más pobres.

A ello nos invita Pablo en la segunda lectura, en la que llama a los Corintios a ser generosos en la colecta en favor de la iglesia de Jerusalén que estaba pasando por necesidad. El ejemplo de Cristo, que siendo rico, se hizo pobre, nos sirva a nosotros de estímulo para acercarnos a aquellos que realmente nos necesitan.

Que la Virgen nos ayude a mirar más allá. Que podamos identificar a quienes sufren en silencio, a los marginados y olvidados por la sociedad, y que nuestras acciones reflejen la compasión y el amor de Cristo hacia ellos. Que ella nos inspire a ser instrumentos de paz, justicia y misericordia, llevando esperanza y consuelo a los que lo necesitan.

**“LA MISERICORDIA DE JESÚS
ABRAZA A TODOS SIN
EXCEPCIONES.”**